

Elena Fortún

Celia y sus amigos

Dibujos de Gori Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1992
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Encarnación Aragoneses
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-312-6
Depósito legal: M. 412-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Celia, colegiala
- 19 La gran ceremonia
- 26 «Diario» de Celia
- 32 Cartas
- 38 Las arañas del salón
- 45 Carnaval
- 52 El criado de don Paquito
- 58 La sorpresa
- 65 La conferencia
- 71 Cuchifritín
- 78 Doña Petronila
- 84 El pozo
- 90 Me voy
- 97 El camino
- 103 La romería
- 109 Cine sonoro
- 115 El mar pequeñito
- 122 Convite
- 129 El hombre malo
- 136 Dentro de dos mil años
- 142 Mi compadre
- 149 ¡A París!
- 157 ¡Quería ser buena!
- 164 La barca
- 171 Como los indios

177	La mariquita
183	¡Visitas!
189	¡Náufragos!
195	Inventando juegos
202	La sanguijuela
209	¡Vacaciones!
215	Día de lluvia
221	El bosque del ogro
228	¡Se acabó!

He aquí que Celia ha vuelto otra vez entre nosotros.

Su padre, aterrado con sus travesuras, ha conseguido para ella una beca en el Colegio de Damas Nobles de Toledo, esperando que allí encuentre el equilibrio de su cabecita soñadora. *Celia en el mundo* había hecho demasiadas tonterías.

No estará mucho tiempo. Su espíritu inquieto no encontrará reposo en la serenidad apacible de este suave remanso de otros siglos.

Y, a los pocos meses, la veréis salir del colegio acompañada de otros chicos, viajar con ellos, jugar con ellos, inventar y soñar con ellos, viviendo todos en un mundo aparte que apenas tiene comunicación con el de las personas mayores, aunque a veces parezca que se mezcla y compenetra.

Pero Celia se va haciendo mayor.

Junto a su hermano se hace mujercita, se siente responsable de haberlo perdido en el bosque, y una mañana

Celia, como si despertara de un sueño, se encuentra en la realidad de un día lluvioso en París, que es el primero de su internado en un colegio de *Jeunes Filles* y el último de sus travesuras.

Acompañadla en estas páginas y no la dejéis hasta abrazarla en ese momento en que ella se despide llorando de nosotros...

Celia, colegiala



Mi colegio está en una ciudad muy vieja, que vi al llegar de la estación desde el coche en que venía con papá. Subimos por calles empinadas y estrechas y entramos por la puerta grandota del castillo del conde de Rocafuerte...

Bueno, era el colegio, no era el palacio del conde..., pero se parece mucho, sobre todo por fuera.

¡Ay, qué pena! Ya no hay castillo de Paulette, ni tío Rodrigo, que se quedó casi llorando, ni abuelita, ni *Pirracas*, que aún seguirá subiendo por la escalera del cielo..., si fue verdad aquello que soñé...

Papá se marchó en seguida de dejarme en el colegio, después de besarme mucho y hacerme más de mil recomendaciones: «Que seas buena, que no des guerra, que no inventes mentiras, que no leas cuentos, que no hagas diabluras, que nos escribas...».

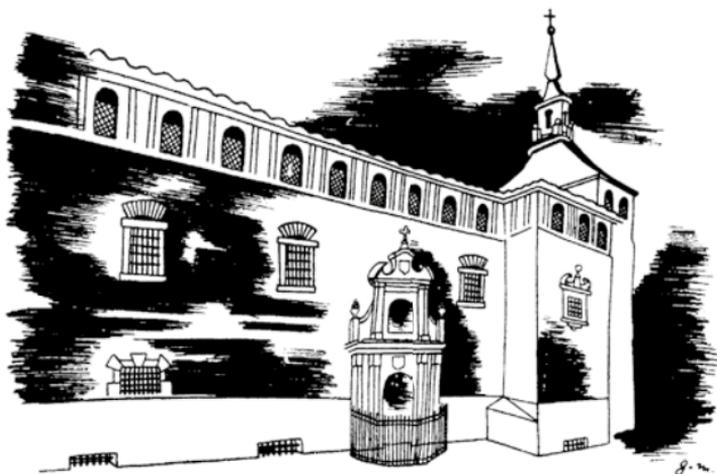


–No es mala, no –les dijo a las profesoras–, pero tiene la cabecita a pájaros... Si la dejan trastornará a todas las chicas de la casa...

Le prometieron que harían de mí otra niña, porque ya habían tenido casos parecidos.

–Ya verá usted cómo se corrige y se hace razonable –y doña Paula me acariciaba como si me quisiera mucho.

Esta doña Paula es una viejecita muy buena que debe ser mi tía, porque así quiere que la llame. Con ella y otras dos niñas vivo yo al final del claustro, en el departamento que da al patio de palmeras.



Por las tardes cosemos en el gabinete alrededor de la camilla con el brasero dentro, que tía Paula revuelve de cuando en cuando. A las cinco y media preparamos el chocolate en el *apostentico*, y después de tomarlo, rezamos el rosario...

Luego dice tía Paula: «Santas y buenas noches nos dé Dios», y todas nos quedamos quietas y a oscuras un ratito. Éste era el momento en que yo contaba mis aventuras y todas me escuchaban en silencio...

Creí que les gustaban mucho, pero hoy tía Paula me ha llamado aparte y me ha dicho:

—No vuelvas a contar esas cosazas, cordera, porque se soliviantan las pequeñas... Además de que me parece que son mentiras... ¿En qué cabeza cabe que las señoras llevan pantalones en esas playas que tú dices?... Tampoco puedo creer que hayas ido a ver al Sultán subida en un elefante... Que no te vuelva yo a oír mentir.



Todos los días viene *monsieur* Gómez a dar lección de francés, y don Paquito a enseñar solfeo. Ninguna aprende ni una cosa ni otra. No sé por qué.

A *monsieur* Gómez lo llamamos *musiu Sapin*, y a don Paquito, don Ciruela, y mientras da la clase nos reímos mucho.

—Vamos, niñas, a ver cómo entonan ustedes la canción quince. «¡Do-mi-do-mi-sol-do...»

Musiu Sapin nos saluda:

—*Bonjour, mesdemoiselles, comment vous portez vous?*

Y todas contestamos a una:

—*Très bien, et vous?*



–*Très bien, merci.*

Me parece que no sabe decir otra cosa, porque aunque se hace llamar *monsieur*, doña Paula dice que es hijo del señor Ramón, el conserje.

En cuanto ha sabido que yo hablo francés mejor que él, me ha encargado de la clase mientras él corrige los temas... Y no quiero. Todas me llaman Madama Pimpamfué, y me sacan la lengua...

Pero ya todo esto se ha acabado, porque estoy castigada. Veréis cómo ha sido:

Esta mañana, después de la reprimenda de tía Paula, llegó una carta de Baby. ¡Baby escribe! Además, ya no se llama así, sino Juan Antonio, y dice:



«Hermanita guapa: Papá dice que te has caído en el “auto” y te has *rompido* como el muñeco de china del salón. Dime cómo te han encolado la cabeza para que no se te note, porque al muñeco le ha quedado una raya en el cuello y mamá me va a reñir... No sabes cuántas pulgas tiene el perro y qué malas son. Te mando una en la carta de las más gordas, para que veas. Mamá lloraba mucho porque te habías caído, y no me dejaba jugar. Pancho ha crecido tanto, que no se puede tener de pie y da con la cabeza en la higuera. No me acordaba de decirte que la perra *Kety* tiene más perritos que la de José Luis, y que son más bonitos, y hasta me parece que mucho más grandes... Lo menos les llevan la punta de la oreja. Adiós, guapina. Escíbeme».

Yo no sé quién es Pancho ni José Luis, pero me puse tan contenta al leer la carta, que lloré de alegría y se la leí a tía Paula, aunque ella ya la había leído y se reía mucho. No encontramos la pulga, que seguramente se escaparía antes de meterla en el sobre.

—¿Conque te has caído de un «auto», cordera?

Yo entonces le conté cómo era de verdad que me había roto en cachitos...

—Algunas veces me duele la cabeza y los brazos... Puede que estén mal pegados.

—No cuentes esas cosas a nadie. Yo te explicaré cómo los niños no pueden romperse como los muñecos de porcelana. Y cómo, aunque se rompan los huesos alguna vez, no se pegan con cola...

La verdad es que no sé lo que me ocurrió cuando me caí. Yo quería preguntarlo, pero en cuanto decía algo ya me estaban riñendo:

—Por mala te ha ocurrido eso. ¿Quién te manda meter-te en un «auto» y ponerte a enredar? Ya puedes dar gracias a Dios por no haberte matado...

¡Qué tendría que ver!

Todas las niñas quisieron leer la carta de mi hermanito y luego me preguntaban lo que me había ocurrido.

—Pues que me maté... El «auto» me tiró y me rompí en pedazos... La cabeza se cayó al río, los brazos se fueron cada uno por su lado. El derecho lo encontraron debajo del «auto», y el otro encima de una piedra... Yo me fui al cielo, pero no llegué... Estuve ocho días subiendo escaleras con la gata en brazos...

Tía Paula vino por detrás y me tapó la boca.

—¡No mientas más! Has de acostumbrarte a decir la verdad. Pero ¿qué gusto puedes encontrar en decir mentiras?

—Porque son más bonitas que lo que pasa siempre...

—¡Jesús! Ya se ve que no lo puedes remediar... Yo he prometido a tu padre corregirte, y voy a empezar desde

ahora. En ocho días no dirás una palabra a nadie. Todo lo que tengas que decir lo escribirás en un cuadernito y me lo darás por la noche... ¡Dios nos guarde! ¿Dónde hubiéramos ido a parar con tus mentiras?

–¡Pero si yo...!

–¡A callar! Desde este momento te has quedado muda, y no dirás nada hasta que yo te lo mande.

Me ha dado un cuaderno y un lápiz y permiso para escribir una carilla entera. Pensé no escribir nada... ¡Tenía una rabia!

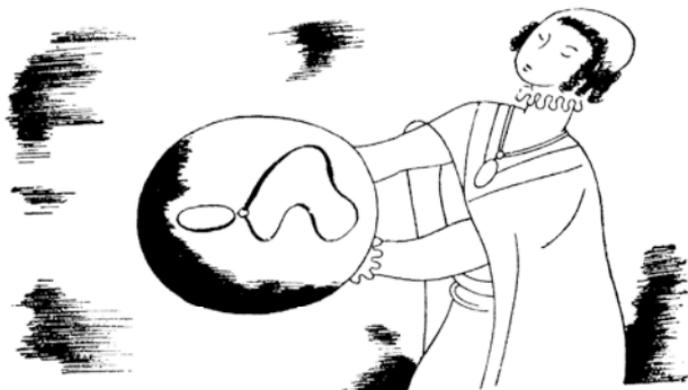
Después, en el recreo, mientras todas jugaban a las prendas, porque no podíamos salir al patio, me senté en un rincón y escribí:

«En mi armario he encontrado un ratón que se llama Blas... Es mentira que se llame Blas, pero no sé cómo se llama, porque no me lo ha dicho. Los ratones no hablan, pero yo sí puedo hablarle, y le he dicho muchas cosas: “Ratoncito rico, vete a la cama de tía Paula, que tiene dentro una botella de agua caliente”».

–¡Niña! ¿Es verdad que hay un ratón en el armario?
¡Contesta! Te doy permiso para hablar...



La gran ceremonia



Al otro día de llegar yo al colegio ocurrió aquello del gran salón, que no os he contado porque..., ¡Dios mío, me daba mucha vergüenza!...

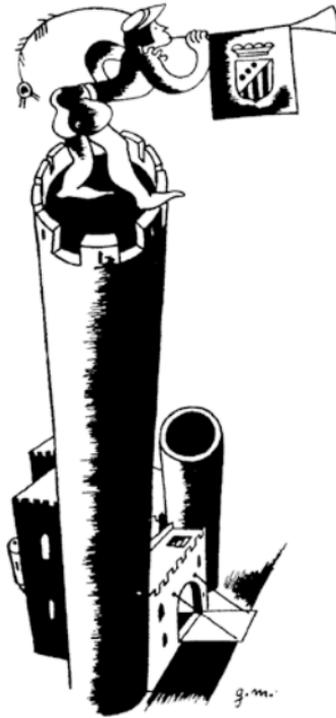
Después se ha vuelto a repetir, porque ha entrado otra niña y tía Paula se empeña en que os lo cuente...

–Has de contar la verdad, la verdad sola. Dirás que vino el señor director y que con la rectora y la vicerrectora presidió el acto...

¡No hagáis caso! Es mucho más bonito como yo os lo cuente y os enteraréis mejor... Además, no les daré esos nombres tan feos... Fue así:

Llegamos papá y yo al castillo del conde Rocafuerte: se abrieron las puertas y entramos... El enano tocaba la trompeta en la torre.

Dormí allí dentro una noche, y al otro día, al despertar, me vistieron de princesa y me llevaron al salón grande, donde ya estaban las 99 hijas del conde sentadas alrede-



dor, y el conde en su trono con la princesa mayor y la que la sigue...

En medio, en dos sillas, nos sentamos mi madrina, que era otra niña, y yo...

Salieron todas las monjas,
todas vestidas de blanco...

De eso me acordaba yo, porque todas, todas las hijas del conde llevaban trajes blancos hasta los pies y mantos larguísimos, como princesas que eran..., y yo también.



Papá, con otros señores y señoras, estaba viéndolo todo en el salón, y me dijo antes de sentarme en mi sitio:

–Cuidado con reírte o meter ruido o decir tonterías. Éstas son ceremonias de otros tiempos que tienen su encanto...

–Ya lo sé... ¿Qué encanto es?

–Ya lo verás... Tú, seriecita y sin hablar bobadas, ¿eh?



Mi madrina era chata y se daba mucho pisto. Me hablaba casi sin mirarme...

–¿Cómo te llamas?

–Celia.

–Yo me llamo María de los Ángeles Custodios y Josefina Teresita del Niño Jesús...

–¿Y te sientas en una silla sola? Yo que tú me sentaría lo menos en tres a un tiempo...

–¡Huy, qué niña!

–¡Chist! –hicieron las dos princesas que estaban más cerca.

El conde de Rocafuerte se puso las gafas para mirarme y me debí de poner colorada hasta las orejas...

–La niña Celia Aurora de Gálvez y Montalbán viene a residir en esta noble casa...

–¿Quién viene? –le pregunté bajito a la chica de al lado.

–¡Tú!...

–¡Pero si yo me llamo Celia!

–No. Te llamas Celia Aurora...

–¡Mentira! ¡Si lo sabré yo!... ¡Ah! ¡Me llamaré esas cosas desde que soy princesa!...

–¡Chist! –volvieron a hacer cerca de nosotras.

El conde, siempre mirándome, decía que esperaba hallar en mí una buena niña, trabajadora y estudiosa, que el día de mañana...

No me acuerdo lo que quería que hiciera mañana, pero era así como criar cristianamente a mi familia... ¡Qué risa! ¡No debía conocer a papá y a mamá, que son tan mayores!...

Mi madrina se levantó y trajo una bandeja con una medalla encima, que el conde mismo me puso en el cuello. A todas sus hijas les había hecho el mismo regalo, porque entonces me fijé que la llevaban todas, hasta las mayores.

–¿Es el talismán?

–¿Qué talismán?

–La medalla... Si no, ¿por qué la llevan todas las princesas? ¿Cuáles son las palabras mágicas? En cuanto las sepa llamaré al Genio más grande para que me traiga un caballo de cartón...

–¡Eso es un cuento! No hay talismán..., ni Genio... ¡Huy, qué niña! Ahora tienes que darle un beso a cada una...

–¿A las noventa y nueve?...

–A mí, primero...

¡Claro! Pues la besé, y luego besé a todas... ¡Qué atrocidad! No me quedaron más besos: se los di todos a las hijas del conde...

Papá me besó a mí:

–¡Que seas buena, hija!

–Oye, papaíto, ¿esto no es un cuento?

–No, hija, no. ¿Qué? ¿Te ha gustado?

–Mucho... Pero creí que era de verdad, y que el conde era el conde...

–¿Qué estás diciendo? Atiende a estas señoras, que te dan la enhorabuena...

Todos decían: «Que sea enhorabuena, que sea enhorabuena», y yo contestaba: «Bueno, bueno».

–¿A qué hora es eso, Juana María Luisa?...

–¡Si yo me llamo Angelines!

–Como antes te llamabas tantas cosas... ¿A qué hora es eso?

–¿Cuál?

–Eso de la hora buena... Ya siempre seremos princesas, ¿verdad? ¡Qué precioso colegio es éste! ¡Con lo que me gusta a mí estar así vestida!...

–Sí, pero nos lo quitaremos en seguida.

–¿Sííí? ¡Huy! Entonces esto no es un cuento ni es de verdad... Era que jugábamos a los cuentos...

–¡Tampoco!

Y todo el mundo: «Que sea enhorabuena, que sea enhorabuena». Y papá contestaba: «Gracias, gracias».

–¿Qué va a pasar ahora, papaíto?

–Nada, hija, nada, no armes jaleos... Éstas son ceremonias, ya te lo he dicho.

–Pero de encantos dijiste... Es que tú, papaíto, no has leído cuentos y no sabes cómo son. El señor que ha hecho de Conde sí que los ha leído, y lo ha hecho muy bien... Es una lástima que no tuviera barba...

—¿Qué estás ahí diciendo? Hija, no me vuelvas loco... Aquí no se ha jugado a nada, ni el señor director, ni la señora rectora se prestarían a ello...

Y entonces sí que me dio vergüenza de todo aquello que había pasado y que no era por jugar...

.....
Cuando vino la niña yo fui la madrina.

Estábamos las dos con nuestro traje blanco de cola sentadas en medio del salón, y ella ¡tenía una vergüenza!...

—No te asustes, tonta, si no te va a pasar nada. ¿Ves a aquel señor del trono? Pues es el conde de Rocafuerte. ¿Cómo te llamas tú?

—Encarnita...

—Pues ahora te llamarás María de la Encarnación del Hijo de Dios y Rosario de Todos los Santos... ¡Para eso eres princesa! Luego te darán el talismán y no tendrás más que frotarlo para que venga la pájara Pinta y te traiga en el pico lo que tu pidas...

Cada vez se ponía más colorada y me miraba con el rabillo del ojo.

—¡Yo quiero ir a mi casa! —dijo.

—¡Pues no puedes! Éste es el Castillo de Irás y no Volverás. ¿No oyes al que te lo está contando? Pues siempre lo oirás; ya lo sabe de memoria... No te asustes, que no te pasará nada... La primera vez sí pasó, y fue que la mayor estaba hablando con el trovador en el jardín y el hada azul los transformó en dos ramitos de mejorana... Lo he leído yo en un cuento...

De repente se echó a llorar y todas acudieron a ella...

¡Y yo que le estaba contando aquello para que se creyera que era de verdad!...